

I

LOS ORÍGENES DEL CULTO JACOBEO Y LA FORMACIÓN DEL CAMINO

EL DESCUBRIMIENTO DEL SEPULCRO Y LA
PROPAGANDA COMPOSTELANA

AUTORES DEL PROYECTO:

JAIME NUÑO GONZÁLEZ

PEDRO LUIS HUERTA

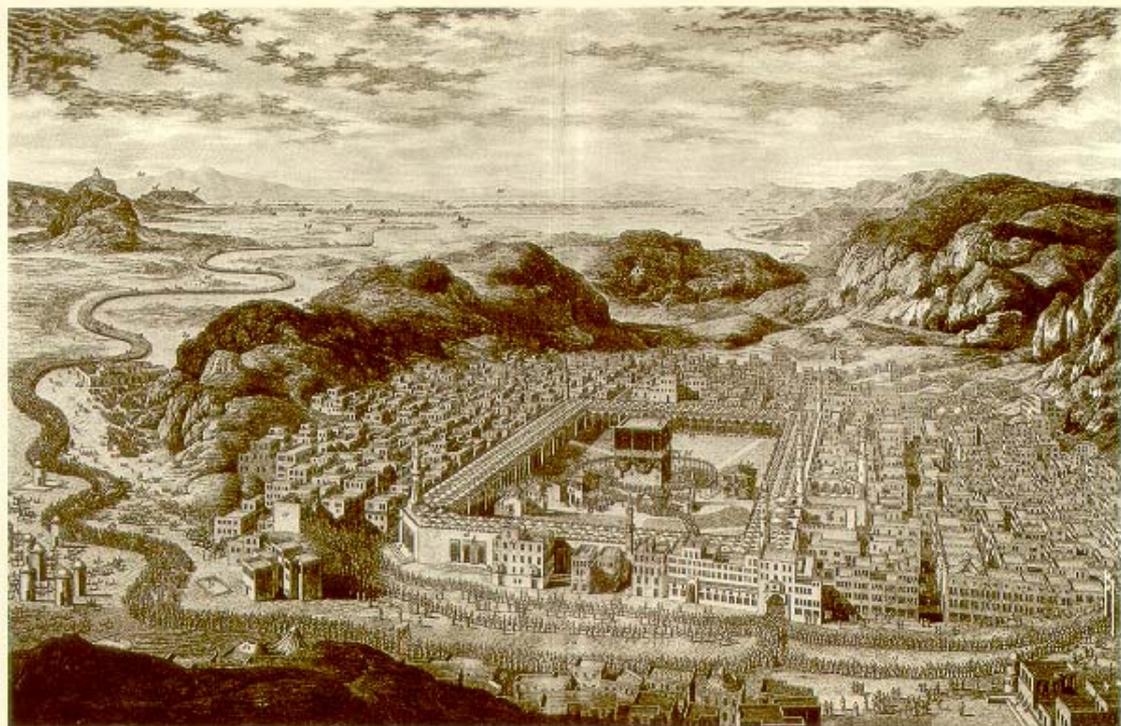
El viaje como experiencia, el viaje como aventura, como esfuerzo, como búsqueda, como descubrimiento, incluso como huída, pero también como renovación, es una constante en la historia de la humanidad y en todos estos sentidos habría que entender la peregrinación, un fenómeno que no es exclusivo del cristianismo, ni mucho menos sólo de Santiago, sino que desde hace miles de años ha llenado los caminos de innumerables devotos a lo largo y ancho de los cinco continentes.



La peregrinación se ha hecho tradicionalmente por motivaciones religiosas, pero cada culto tienen sus propias reglas y cada peregrino sus impulsos personales. Los destinos son innumerables, aunque Santiago es conocido mundialmente, aunque hay varias preguntas que cabe hacerse: ¿por qué surge?, ¿cuándo? y ¿por qué precisamente en Compostela? Poco a poco iremos viendo las respuestas

La peregrinación es una necesidad espiritual universal que se remonta a tiempos muy anteriores al cristianismo y que se adapta a las distintas culturas y evoluciona con ellas. Uno de los cinco pilares del islam es la peregrinación de todo devoto a la cuna de Mahoma, La Meca, donde se halla la Kaaba, que sin ser objeto de culto por los musulmanes, ya que sólo lo hacen a Alá, es el punto de llegada del peregrino y un centro de devoción mucho más antiguo, pues se supone que fue fundada por Abraham

La Meca a mediados del siglo XIX. En el centro la gran piedra negra conocida como la Kaaba, a la que llega una riada de peregrinos, igual que en la actualidad



El mundo musulmán, como el cristiano, también tiene muchos otros destinos de peregrinación, generalmente lugares donde reposan los restos de santones o de notables del islam, sitios como Qom, o como Nayaf, que acoge la tumba de Alí, yerno de Mahoma. especialmente reverenciado por los chiitas.

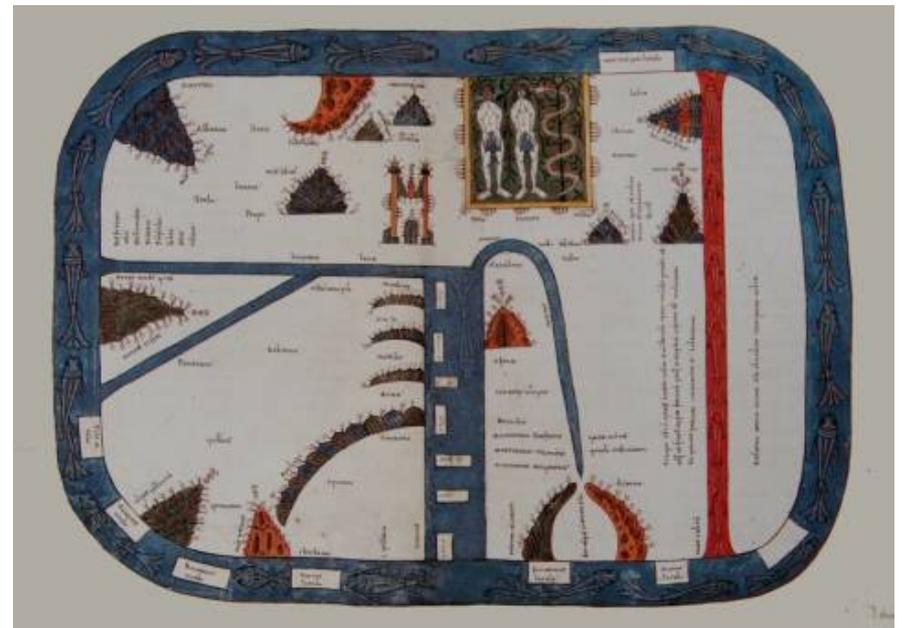
Y fenómenos similares encontramos por todo el mundo: en Japón una de las ramas del budismo peregrina al monte Koya, los hinduistas se acercan a las fuentes del Ganges o a la ciudad de Benarés, o los antiguos aztecas iban a Teotihuacán, incluso mucho tiempo después de que esta monumental ciudad se hubiese despoblado



Teotihuacán, la gran ciudad sagrada de los aztecas, con las distintas pirámides consagradas a divinidades diversas

A partir de los siglos IV y V d.C. y especialmente lo largo de la Alta Edad Media se va configurando un espacio cultural común que, aunque fragmentado en multitud de estados, comparte una misma religión e incluso unas raíces basadas en la cultura clásica. Coincide en gran medida con lo que hoy es Europa y que entonces se conoce como la Cristiandad, donde se encuadran también en algún momento las tierras de oriente medio que conformaron los estados cruzados. En este ámbito se desarrollaron numerosos centros de peregrinación, pero sólo tres lugares constituyen el destino de lo que se conocen como Peregrinaciones Mayores: Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela

El concepto geográfico del mundo que tenía el hombre medieval era muy distinto al nuestro. En los mapas de la época, como éste del Beato de Silos, de 1091, el lugar más importante se identifica con la ubicación del Paraíso Terrenal, donde aparecen dibujados Adán, Eva y la serpiente. El Mediterráneo, ese rectángulo azul, es el eje principal y toda la tierra conocida está rodeada por el mar tenebroso. Salir en peregrinación era echarse a un mundo desconocido y casi siempre hostil



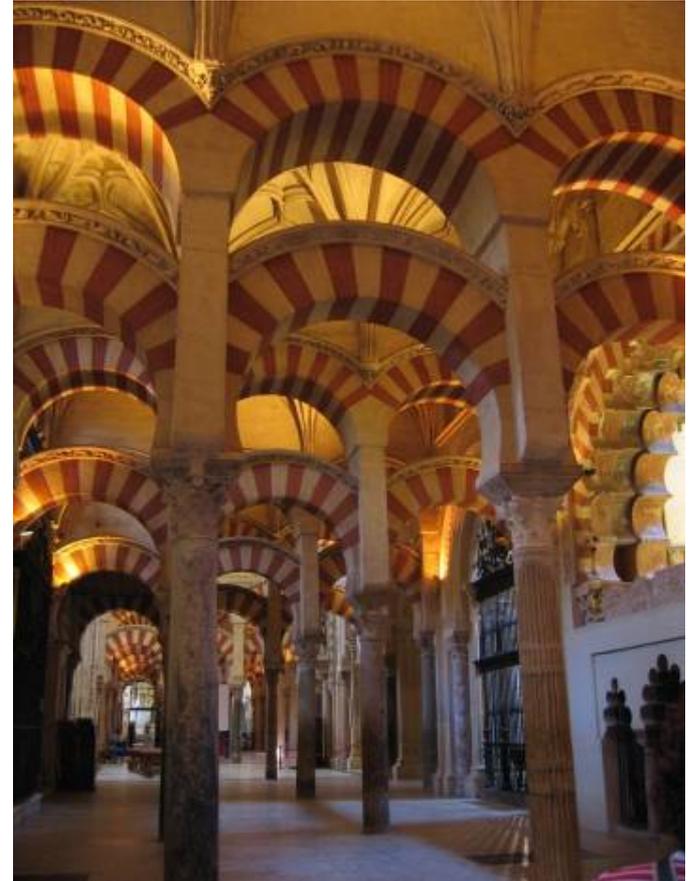
Tras la caída del imperio romano en las postrimerías del siglo V lo que ahora conocemos como Europa Occidental se desmiembra en una multitud de estados, las monarquías germánicas, de existencia casi siempre efímera. Cuando parece alcanzarse cierta estabilidad, empiezan a irrumpir nuevos invasores tanto por el norte (vikings), como por el sur (musulmanes), como por el este (eslavos, búlgaros, magiares), pueblos que especialmente durante el siglos VIII mantienen en jaque a los débiles estados cristianos. En esta situación los caminos son completamente inseguros y cada país se repliega sobre sí mismo. También entonces las necesidades espirituales, como puede ser la visita a lugares santos, tratan de atenderse con nuevos centros de devoción.



Entre mediados del siglo VI y las primeras décadas del VII el imperio musulmán dominó el Mediterráneo y gran parte de las tierras donde había florecido la cultura clásica y paleocristiana: Oriente Medio, el norte de África e Hispania. Llegar hasta Jerusalén e incluso hasta Roma, las dos grandes referencias del culto cristiano, era casi una quimera, además por muchas razones. Compostela surge entonces como una alternativa para los occidentales.

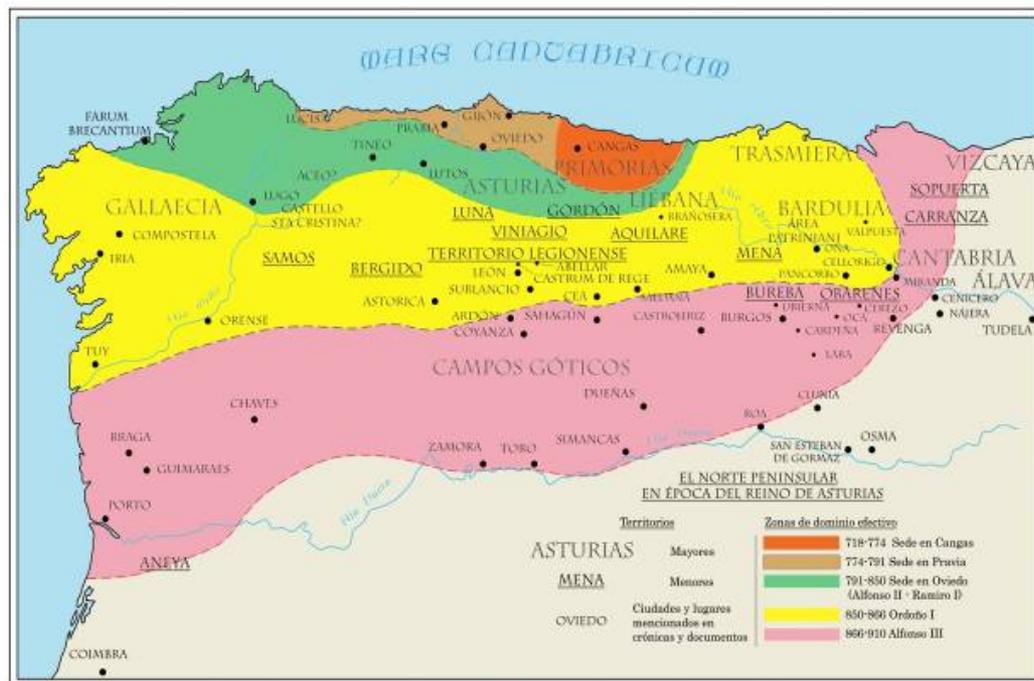
La llegada de los musulmanes a España en el año 711 barrió rápidamente la monarquía visigoda, aunque eso no extinguió, ni mucho menos, el culto cristiano puesto que durante todo el siglo VIII e incluso el IX lo más florido de la intelectualidad cristiana se hallaba en tierras de dominio musulmán, hasta el extremo que en Córdoba se documentan entonces una veintena de iglesias o monasterios, con un obispo que llega a ser consejero del califa. Esta “tolerancia” tiene una contrapartida en forma de impuesto por el culto, lo cual viene estupendamente a las arcas del estado musulmán, siempre que los cristianos no pretendan combatir desde dentro al islam, lo que llegaría a ocurrir, con fatales consecuencias.

Los tiempos en que se empieza a construir la mezquita de Córdoba (iniciada en 786) coinciden con el esplendor de los mozárabes de al-Andalus, que entonces viven muy alejados de las inquietudes y temores de sus correligionarios cristianos del norte



Durante el siglo VIII en el extremo norte de la Península Ibérica algunos valles pirenaicos y cantábricos escapan del dominio musulmán y en ellos poco a poco se van conformando unas débiles monarquías casi de carácter tribal. Entre ellas la que más auge va tomando es la asturiana, que a partir de Alfonso I (739-757) empieza una tímida expansión que será consolidada por Alfonso II (791-842) y sobre todo por Alfonso III (866-910). Es durante el reinado de estos dos últimos Alfonsos cuando surge y se consolida el fenómeno de Santiago.

Proceso de formación y expansión del reino de Asturias



Pero la monarquía asturiana es totalmente débil en comparación con la potencia andalusí. Sus supuestos avances militares y territoriales lo son porque se hacen sobre espacios abandonados por los musulmanes, económicamente carecen de cualquier estructura comercial, culturalmente es casi un erial y espiritualmente es incapaz de competir con los cristianos del sur, cada día más adaptados, salvo trágicas excepciones, a la floreciente vida andalusí. Es una monarquía que necesita referentes para consolidarse y, como ocurre muchas veces, y más entonces, esas referencias se buscan en la religión. Hubo un hombre que lo comprendió. Se llamaba Beato de Liébana.

Imagen de Beato de Liébana en una pintura barroca del monasterio de Santo Toribio de Liébana (Cantabria)



Beato, nacido hacia mediados del siglo VIII y fallecido en 798 fue un personaje excepcional dentro del mundo cristiano hispano de la época. Dedicó grandes esfuerzos a combatir la herejía adopcionista defendida por el obispo Elipando de Toledo y escribió varias obras, entre ellas los *Comentarios al Apocalipsis*, que se convirtieron en uno de los libros más divulgados durante la Alta Edad Media peninsular. Beato estuvo muy vinculado a la corte asturiana y a él se debe la identificación de Santiago con España, apoyándose para ello en una antigua tradición.

Las distintas copias que se conservan de los Comentarios al Apocalipsis, son conocidas genéricamente como Beatos. Lámina del Beato de Osma, fechado en 1086.





En el siglo V san Jerónimo cuenta que, tras la muerte de Cristo, los apóstoles se dispersaron por el mundo para evangelizar y que a Santiago le correspondió Hispania, hasta donde llegó acompañado por un grupo de fieles seguidores, conocidos como los Siete Varones Apostólicos. Mientras desarrollaba su labor evangelizadora en la populosa ciudad de Caesaraugusta (Zaragoza), se le apareció la Virgen sobre el pilar de una columna, pidiéndole que regresara a Jerusalén. Así lo hizo y allí encontró el martirio, decapitado por orden de Herodes Agripa I.

Aparición de la Virgen a Santiago y sus discípulos en Caesaraugusta, obra de Francisco de Goya

Santiago, cuyo nombre original Yakub o Jacob fue transformándose poco a poco en Diago, Iago, Sant-Iago, era reconocido en los propios Evangelios como uno de los favoritos de Cristo, junto con su hermano Juan, a quienes el propio Jesús denominaba *Boanergués*, es decir, Hijos del Trueno. San Pablo, en su *Carta a los Gálatas*, así lo confirma, cuando asegura que “Santiago es, junto con Juan y Pedro, una de las columnas principales de la Iglesia”, denominándolo en la misma epístola como “hermano del Señor”.



Página del Beato de Gerona (finalizado en el año 975), donde aparecen representados los apóstoles (salvo Judas, lógicamente) y san Pablo, con indicación de los lugares donde había desarrollado cada uno su misión evangelizadora. Esta tradición es la que vincula a Santiago con Hispania, la que se encargó de desarrollar y propagar el monje Beato a finales del siglo VIII.

Muerto Santiago, las teorías sobre su lugar de enterramiento fueron muy diversas, aunque se impone una que lo sitúa en un lugar conocido como Acaya Marmárica, de ubicación imprecisa y que se escribe también a veces como Arcas Marmáricas. Siglos después, la tradición jacobea recogida en la Historia Compostelana señalará que dos de sus discípulos, Atanasio y Teodoro, recuperaron los restos del santo y arribaron con ellos *“primero al puerto de Iria y luego llevaron el venerable cuerpo al lugar que entonces se llamaba Liberon donum y que ahora se llama Compostela, donde lo sepultaron siguiendo el rito eclesiástico, bajo unos arcos de mármol”*

Los discípulos de Santiago recogen sus restos mortales y los disponen sobre un sepulcro, un “arca de mármol”, para proceder a su traslado. Tabla conservada en un retablo de la iglesia de Santa María, en Villalcázar de Sirga (Palencia)



Al llegar a tierras hispanas los portadores del cuerpo santo tuvieron que vérselas con una señora local que la tradición llama reina Lupa, quien ofreció a los discípulos una yunta de bueyes para transportar el sepulcro, aunque en realidad eran toros bravos. Pero se produjo el milagro: una vez uncidos, los toros se convirtieron en manso tiro y arrastraron el cuerpo hasta un lugar en el que, la misma reina Lupa, asombrada, ordenó levantar un templo. Allí se venerarían los restos de Santiago, aunque poco después caerían en un olvido de casi ocho siglos.

Episodio de la reina Lupa. Tabla conservada en un retablo de la iglesia de Santa María, en Villalcázar de Sirga (Palencia)





La necesidad de cohesión que necesitaba el joven reino de Asturias pasaba, entre otras cosas, por buscar algún referente importante, un héroe al que imitar, en quien apoyarse o que amparara a su pueblo en caso de peligro. En este contexto Beato de Liébana comienza a hablar de Santiago como patrón de España en un himno titulado *O Dei Verbum* y que compuso pidiendo la protección del rey asturiano Mauregato (783-788):

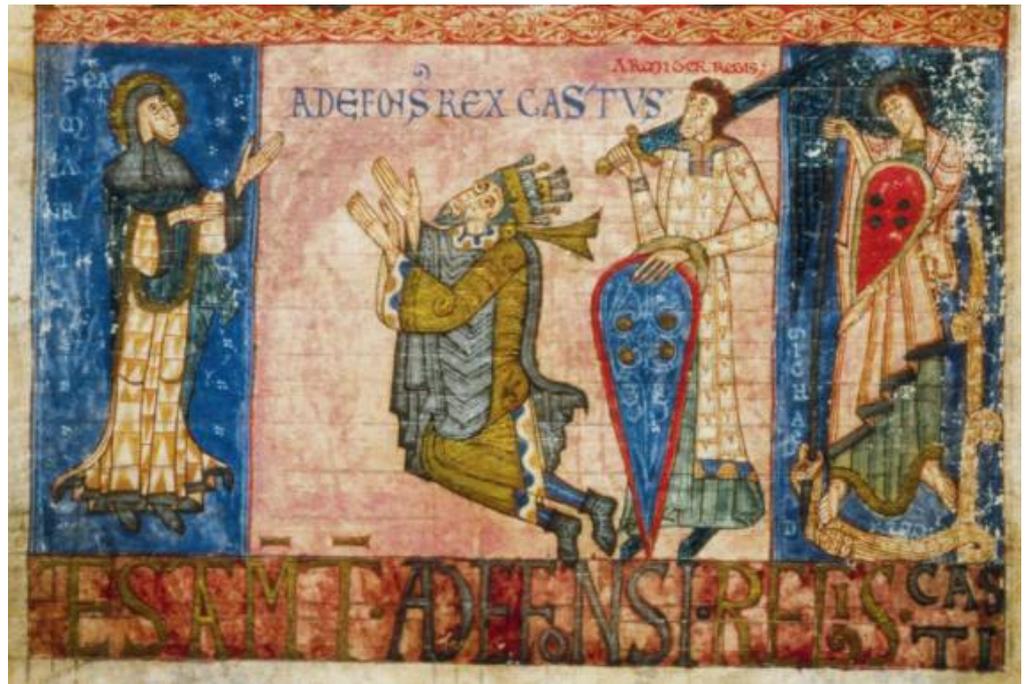
*¡Oh verdaderamente digno y más santo apóstol,
que refulges como áurea cabeza de España,
nuestro protector y patrono nacional,
evitando la peste, sé del cielo salvación,
aleja toda enfermedad, calamidad y crimen.*

*Muéstrate piadoso protegiendo al rebaño a ti encomendado
y manso pastor para el rey, el clero y el pueblo;
que con tu ayuda disfrutemos de los gozos de lo alto,
que nos revistamos de la gloria del reino conquistado,
que por ti nos libremos del infierno eterno.*

Jacobvs Spania, se lee en esta miniaturas de una de las copias más antiguas de un Beato, el de Gerona (975), obra compuesta dos siglos antes por el propio Beato de Liébana

Siendo muy anciano Beato de Liébana (murió en 798), fue coronado rey Alfonso II, llamado *el Casto* (791-842), quien trasladó la capital a Oviedo, inició una serie de campañas militares que le llevaron incluso hasta saquear Lisboa y sobre todo se preocupó de crear una monarquía fuerte. La *Crónica Albeldense*, dice de él que restauró en su reino “todo el orden gótico toledano, tanto en la Iglesia como en Palacio”, interesante noticia resulta puesto que estamos quizás ante el primer rey asturiano que se siente heredero de la monarquía visigoda, una idea a la que quizás no fue ajena la figura de Beato.

El rey Alfonso II representado en el Libro de los Testamentos de la catedral de Oviedo





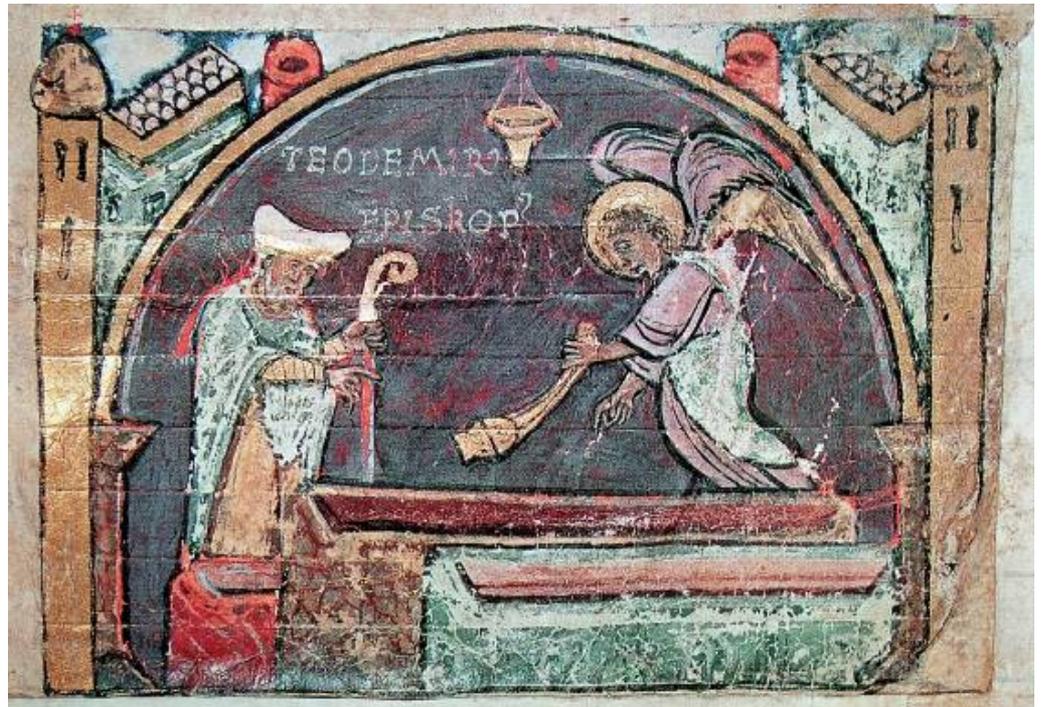
La preocupación de Alfonso II por crear una imagen de estado fuerte y cohesionado es evidente en las iniciativas que llevó a cabo y no sólo en las políticas, sino igualmente en las culturales. A su mecenazgo se debe la Cruz de los Ángeles, que desde ese momento se convirtió en emblema del reino.

Había pues un terreno muy propicio para que se produjera un milagro. Y éste llegó sin tardanza.

Cruz de los Ángeles, fechada en el año 808

Fue un eremita llamado Pelayo quien en su retiro veía todas las noches una estrellas que bailaban sobre un montículo en el bosque donde vivía apartado. Asombrado por el prodigio llamó al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, quien explorando el entorno, topó con un enterramiento que rápidamente identificó con el de Santiago. La fecha, siempre según la leyenda, fue el año 813. Sin embargo Teodomiro no era aún obispo, de modo que los acontecimientos ocurrirían más bien durante su episcopado, en la década de 820 a 830.

El obispo Teodomiro encuentra el sepulcro de Santiago. Miniatura del Tumbo A de la catedral de Santiago





Todos estos acontecimientos están rodeados de prodigios, lo que durante la Edad Media tiene un valor confirmativo de que nos hallamos ante la verdad. La primera mención a la existencia de los restos en Compostela data del año 885 y desde entonces las numerosas crónicas y documentos están plagados de referencias y de milagros obrados por el santo. La primera vez que se cuenta el relato del hallazgo es en la *Crónica de Antealtares*, de 1077 y después otras lo recogerán en términos similares, pero no será hasta 1884 cuando el papa León XIII lo confirme mediante la bula *Deus Omnipotens*.

Emblema del sepulcro y la estrella en la catedral de Santiago

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo durante el siglo XX en la tumba del Apóstol, ni niegan ni aseveran esta presencia, aunque confirman la existencia en el sitio de un mausoleo que se remonta a época romana. En todo caso, los mil doscientos años que han transcurrido desde el hallazgo del sepulcro han supuesto una identificación total de la figura de Santiago con España, incluso desde el punto de vista del adalid militar, una imagen de gran éxito en otros tiempos y hoy muy relegada por no encajar con las modernas formas de pensamiento.

En el año 844 habría tenido lugar, en tierras riojanas, la batalla de Clavijo, donde fue visto por primera vez Santiago, sobre un corcel blanco, combatiendo, espada en mano, contra el enemigo musulmán. Hoy se pone en duda la propia existencia de la batalla, pero Santiago habría sido visto en otras ocasiones como compañero de los soldados cristianos, e incluso en el monasterio de Cañas se conservan dos de las herraduras que habría perdido su caballo en la contienda de las Navas de Tolosa, en el año 1212. En la imagen adjunta Santiago en Clavijo



Son numerosas las obras elaboradas a lo largo de los siglos que se centran sobre la figura de Santiago, sobre sus milagros y sobre los peregrinos. Las más antiguas e importantes se elaboraron en la propia sede compostelana y su objetivo es fundamentalmente hacer propaganda de un centro de culto cuya relevancia incidía directamente en el prestigio de una sede, de una ciudad y, en consecuencia de sus obispos y señores. Dos de estas obras fueron las más importantes: La *Historia Compostelana* y el *Códice Calixtino*, elaboradas ambas a mediados del siglo XII, uno de los momentos de mayor esplendor de las peregrinaciones.



En la primera mitad del siglo XII el obispo Diego Gelmírez trabajó incansablemente por acrecentar el poder y el prestigio de la sede compostelana. Con este fin desarrolló una incansable labor que pasó, entre otras cosas, por la consecución de la dignidad arzobispal para su mitra y ejecutar importantísimas obras en la catedral cuyo resultado fue en gran medida el edificio románico que ha llegado hasta nuestros días. Pero igualmente se encargó de que se redactara la Historia Compostelana, un compendio sobre la importancia de su sede y sobre la propia figura de Gelmírez, como heredero de la dignidad de Santiago. Apenas dos décadas después se fecha el Código Calixtino, cuyo nombre se debe a la autoajudicación de su autoría –aunque falsa– al papa Calixto II, una obra que recoge aspectos del culto al Apóstol, numerosos sermones y sobre todo una guía de viaje para los peregrinos, escrita por el clérigo francés Aymeric Picaud. En la imagen una miniatura del Codex Calixtinus.